

Pastoral de Conjunto para Hispanoamérica

Por Antonio Hortelano, C. SS. R.

Hispanoamérica se encuentra en estos momentos ante la urgente e inevitable tarea de hacer un cambio de estructuras y crear un nuevo tipo de hombre para poder estar a la altura de su misión histórica. Esto puede conseguirse, en parte, por medio de la "acción comunal" y de un plan adecuado y en gran escala de educación. Pero no basta esto. Hace falta también una Pastoral y, por cierto, una Pastoral de Conjunto. Es imposible explicarnos el problema y la misión de Hispanoamérica sin tener en cuenta el cristianismo. Y es también imposible reestructurar el subcontinente iberoamericano al margen de Cristo y de la Iglesia. "Toda civilización responde a una Teología", decía Donoso Cortés. Hispanoamérica ha nacido de hecho en un clima profundamente religioso y cristiano y las reformas que deben hacerse actualmente en América Latina tienen que estar también esencialmente inspiradas por el cristianismo, si no se quiere artificialmente prescindir del alma de todo un pueblo. El famoso esquema 17 del Concilio Vaticano II insiste mucho en estas relaciones entre Iglesia y mundo moderno. La Iglesia no puede renunciar a su papel de protagonista en este momento histórico de transición por el que está pasando la Hispanidad. Es mucho lo que la Iglesia puede hacer actualmente en América Latina, tanto en el plano de la salvación a favor de esa población inmensa, que constituye casi un tercio del mundo católico, y también, con carácter subsidiario, en el plano de las reformas sociales.

Vamos a estudiar en este artículo de un modo sintético lo que podría ser una Pastoral de Conjunto para Hispanoamérica.

I. - Posibilidad e interés para una Pastoral de Conjunto para Hispanoamérica

El primer problema que se nos plantea es el de si es posible una Pastoral de Conjunto para Hispanoamérica e incluso para un solo país como Colombia. A primera vista, el subcontinente iberoamericano se nos presenta como excesivamente grande y heterogéneo. Desde la Tierra de Fuego a Caracas hay en línea recta 10.000 kilómetros. Y desde Caracas a México también en línea recta 4.000 kilómetros (!). Se

habla de "América Latina", pero la latinidad del continente iberoamericano es sólo relativa. Hay, en primer lugar, zonas con un gran porcentaje indio. En Guatemala llega al 53 por 100, en Bolivia y Perú al 50 por 100, en Ecuador al 39 por 100, en México al 30 por 100. En otras regiones, como la costa del Brasil y las Antillas, hay un fuerte contingente negro, y en todas partes nos encontramos con un gran porcentaje de mestizos (blanco-indio), mulatos (blanco-negro) y zambos (indio-negro), excepto en ciertas regiones de absoluto predominio blanco, como Uruguay (95 por 100), Argentina (91 por 100), Sur de Brasil, Costa Rica, etc. El elemento blanco es fundamentalmente de origen portugués para el Brasil, y español para el resto de las otras repúblicas hispanoamericanas. A la influencia española y portuguesa, exclusiva durante el período colonial, hay que añadir la influencia francesa, de tipo cultural más que racial, sobre todo en la época de la independencia, y más tarde, a finales del siglo pasado, la influencia también cultural y económica de Inglaterra, sobre todo en los países del Sur, y finalmente la migración italiana antes del fascismo a determinados países, como Argentina, Uruguay y Venezuela, que, por tratarse de una migración poco calificada, no ha tenido mucha influencia cultural. En nuestros días hay que destacar el influjo técnico cultural de los Estados Unidos, sobre todo después de la primera guerra mundial, y la reciente penetración comunista a través de Cuba y el castrismo (1). La población latinoamericana está repartida muy desigualmente. En general, la densidad demográfica es muy baja. Sólo algunas regiones de la costa y de los valles andinos tienen más de veinticinco habitantes por kilómetro cuadrado. Una gran parte del interior, sobre todo en la región del Orinoco y el Amazonas, está todavía por habitar. Por otra parte, la población tiende a aglomerarse en torno a las grandes ciudades o en ciertas regiones relativamente pequeñas. El 50 por 100 de la población colombiana reside en el 12,5 por 100 del territorio nacional, la mitad de la población de Brasil en el 9 por 100 del territorio, la mitad de la población de Chile en el 5 por 100 del territorio, la mitad de la población de Argentina está concentrada en el 2,5 por 100 del territorio. En Montevideo vive la mitad de la población del país.

A esta heterogeneidad del elemento racial y cultural hay que añadir las diferencias de climas: frío, templado y tropical. Iberoamérica se extiende por los dos hemisferios, Norte y Sur, y presenta enormes diferencias geofísicas, que condicionan no poco el comportamiento humano. Y así, por ejemplo, el hombre de la costa tropical y el hombre andino constituyen dos tipos humanos muy distintos entre sí.

Hay también grandes diferencias de evolución económica. Mientras algunos países están ya relativamente desarrollados, como Argentina, Uruguay, Chile y la parte sur del Brasil, con cerca de 500 dólares

1) — F. Debuyst, *La población en América Latina* (Bruselas, 1961); P. Desfontaines, "L'Amérique du Sud, grands traits physiques et humains": *Rythmes du monde* (París, 1961), núm. 2-3; *Estudio preliminar de la situación demográfica en América Latina* (Naciones Unidas, 1961); G. Pérez, *Estructuras demográficas y sociales de Colombia* (Bogotá, 1961).

por habitante, otros como Haití y Bolivia no llegan a los 100 dólares. Colombia parece estar situada en los 250. Dentro de cada país existe también una gran diferencia entre región y región, y sobre todo entre clase rica y pobre, fuera quizá de las naciones del Plata, donde comienza ya a sentirse la presencia de una clase media bastante sólida. En Venezuela, por ejemplo, las diferencias de sueldos y salarios puede oscilar de 1 a 80. En Chile el 9 por 100 de la población activa obtiene el 43 por 100 de la renta nacional. En Colombia el 2,6 por 100 de la población se beneficia con el 30 por 100 de los ingresos nacionales. En Perú el 1 por 100 de la población disfruta del 20 por 100 de la renta del país. En 1954, según datos de la ONU, el 80 por 100 de los latinoamericanos tenían que contentarse con la mitad de la renta del continente, mientras que el 20 por 100 disfrutaba de la otra mitad.

Hay también grandes diferencias culturales. Países como Haití, en los que sabe leer y escribir solamente el 11 por 100 de la población, y otros como Argentina y Uruguay en que ese porcentaje corresponde a los analfabetos.

Igualmente hay una gran diferencia entre el género de vida urbano y rural. Las grandes ciudades continentales como Buenos Aires, Caracas, Bogotá y México no se distinguen prácticamente de las ciudades de los países desarrollados y hasta están muchas veces en la vanguardia de la arquitectura futurista, mientras que la vida rural, en cambio, continúa anquilosada en una cultura patriarcal de carácter pretécnico. Hoy, gracias a la revolución de las comunicaciones (aviación, líneas de autobuses y, sobre todo, la radio) y al éxodo rural hacia los núcleos urbanos, parece que esta diferencia entre campo y ciudad tiende a disminuir un poco, pero todavía existe un abismo muy difícil de llenar, debido a la poca densidad de la población rural y a las enormes dificultades geográficas que impiden la creación de una adecuada red de transportes (2).

Finalmente, hay una gran diferencia en cuanto a la situación jurídico-sociológica de la Iglesia en los diversos países latinoamericanos. Entre México, donde la Iglesia está sólo tolerada de hecho, y Colombia, donde el Derecho Canónico está plenamente reconocido, existe toda una serie de situaciones más o menos originales, condicionadas por la historia nacional de cada uno de los países iberoamericanos, desde la independencia hasta nuestros días. Aunque en casi toda Hispanoamérica el siglo XIX marca una no pequeña preponderancia de la masonería y el anticlericalismo, sin embargo cada país sigue en este sentido su propia trayectoria cristalizando en situaciones netamente diferenciadas. Hoy se advierte un prestigio creciente de la Iglesia en toda América Lati-

2) — P. M. Hauser, *La urbanización en América Latina* (Unesco, 1961); F. Debuyst, *Las clases sociales en América Latina* (Bruselas, 1962); J. Dorselaer y A. Gregory, *La urbanización en América Latina* (Bruselas, 1962); R. Persohazy, "Problèmes économiques, sociaux et politiques en Amérique Latine": *Justice dans le monde* (1962); P. Goetschin, "Situation économique de l'Amérique Latine": *Revue économique et sociale* (Lausane, 1962), núm. 2; J. L. de Lannoy, *Estructuras demográficas y sociales de Colombia* (Bogotá, 1961).

na, y una disminución del anticlericalismo decimonónico, aunque, por otra parte, parece en aumento el hecho de la indiferencia religiosa y hasta empieza a manifestarse una actitud anticristiana de carácter marxista, de modo especial en el sector universitario y obrero.

Supuesta esta inmensidad y heterogeneidad del subcontinente iberoamericano, cabe preguntarnos si es posible un plan Pastoral de Conjunto para toda Hispanoamérica. ¿No sería mejor y más indicado hacer toda una serie de planes parciales adaptados a las diversas situaciones? Es evidente que un plan pastoral para los indios de la altiplanicie boliviana no puede ser igual que para los obreros del puerto de Buenos Aires, ni un plan pastoral bueno para los universitarios de Medellín, en Colombia, será bueno para los negros de la costa tropical. Nadie duda por eso de la conveniencia y hasta necesidad de estos planes pastorales especializados. Pero ésta no quita nada a la posibilidad y conveniencia de una Pastoral de Conjunto. A pesar de las diferencias que hemos analizado, hay en América Latina toda una serie de elementos comunes extraordinariamente importantes, que hacen, sin duda, de este inmenso subcontinente el más homogéneo de todos.

En primer lugar, existe la unidad de lengua, ya que las diferencias entre español y portugués no son decisivas y mucho menos los modismos regionales. Esta unidad de lengua permite un diálogo vivo entre todas las gentes de Iberoamérica. Y no hay que olvidar la importancia que hoy se da al diálogo en las relaciones interpersonales. Aunque no fuera más que por este capítulo, ya valdría la pena de hacer una Pastoral de Conjunto en Iberoamérica. Esta comunidad de lengua hace posible toda una serie importantísima de colaboraciones en el campo de la predicación, la liturgia, la teología y el apostolado sacerdotal y laical.

Pero, además, existen otros elementos comunes muy importantes. La unidad religiosa católica (3), ya que los grupos protestantes y de

3) — C. Bayle, *Expansión Misional de España* (Barcelona, 1946); C. Bayle, *Santa María en Indias* (Bilbao, 1928); C. Bayle, *El culto del Santísimo en Indias* (Madrid, 1951); P. Borges, *Métodos misionales en la cristianización de América. Siglo XVI* (Madrid, 1960); R. Gómez Hoyos, *La Iglesia de América en las leyes de Indias* (Madrid, 1961); A. González Zumárraga, *Problemas del Patronato Indiano a través del "Gobierno" Eclesiástico Pacífico de Fr. Gaspar de Villarreal* (Vitoria, 1961); F. M. Piccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos* (Madrid, 1962); B. Recio, *Compendiosa relación de la cristiandad en Quito* (Madrid, 1947); J. Terradas Soler, *Una epopeya misionera. La conquista y colonización de América vista desde Roma* (Madrid, 1962); L. Tormo, *Historia de la Iglesia en América Latina* (Madrid, 1962-1963); G. Pérez e I. Wust, *La Iglesia en Colombia* (Bogotá, 1961); I. Alonso, M. Luzardo, G. Garrido, J. Oriol, *La Iglesia en Venezuela y Ecuador* (Madrid, 1962); I. Alonso y G. Garrido, *La Iglesia en América Central y el Caribe* (Madrid, 1962); R. Ramos, I. Alonso, D. Garre, *La Iglesia en México* (Madrid, 1963); I. Alonso, G. Garrido, J. Dammert, J. Turmini, *La Iglesia en Perú y Bolivia* (Madrid, 1962); I. Alonso, R. Poblete, G. Garrido, *La Iglesia en Chile* (Madrid, 1962); I. Alonso, G. Garrido, E. Amato, A. Acha, *La Iglesia en Argentina, Paraguay y Uruguay* (Madrid, 1963); I. Alonso, *La Iglesia en Brasil* (Madrid, 1963).

otras religiones no son hoy por hoy decisivos. De 1948 a 1961 los protestantes han pasado en América Latina de 3.171.900 a 7.710.400. El aumento de ministros ha sido también considerable, pues se ha pasado de 10.340 a 41.088, de los que un 84 por 100 son autóctonos. Una buena parte de los extranjeros corresponde a los misioneros expulsados de China y enviados posteriormente a Iberoamérica. En Brasil, entre 1940 y 1950, el espiritismo pasa de 463.400 a 824.553. Sin embargo, a pesar de este aumento relativo, la unidad católica del continente sigue siendo decisiva (4).

También la unidad cultural iberoamericana es un factor de suma importancia para una Pastoral de Conjunto. La influencia de la cultura ibérica ha sido decisiva y permanente desde el sur de los Estados Unidos a la Tierra de Fuego, creando toda una serie de tradiciones comunes a todos los pueblos hispánicos. A pesar de todas sus limitaciones humanas y de la época en que se lleva a cabo, la epopeya de la conquista y evangelización de América constituye quizá, como dice el P. Kirschbaum, de la Universidad Gregoriana de Roma, el acontecimiento más grande de la historia. Si ahora las dificultades geofísicas nos parecen a veces insuperables, hay que imaginarse lo que sería hace cuatro siglos sin los medios técnicos de que ahora disponemos y yendo a la buena de Dios sin idea de cuál podría ser el resultado de toda aquella serie de aventuras sin fin. Y, sin embargo, al poco tiempo vemos surgir catedrales y cabildos, universidades y reducciones de indios y toda una estructura económico-social y eclesiástica que en aquel tiempo dió resultados realmente positivos. En este sentido todavía podemos aprovechar no pocas experiencias pastorales de la primera evangelización de América. El Archivo de Indias de Sevilla, en España, puede ofrecernos sorpresas por demás interesantes. Bajo la corona de España y Portugal existía una auténtica unidad del continente iberoamericano y hasta cierto punto una pastoral de conjunto, que se vino abajo con la parcelación nacionalista del antiguo imperio español, en el momento de la independencia. De todos modos, es evidente que, como consecuencia de la colonización ibérica, hay un hondo sustrato común a todos los países latinoamericanos.

Las posteriores aportaciones culturales no hispánicas han sido también, puede decirse, comunes a toda la América Latina, tanto la influencia de la Revolución francesa, con ocasión de la independencia, como la reciente influencia de los Estados Unidos. También son comunes a todos los pueblos latinoamericanos las grandes fechas de su historia: descubrimiento de América e Independencia (5).

Todo esto hace que, a pesar de las diferencias existentes, Iberoamérica tenga hoy conciencia de constituir un bloque natural. Los

4) — P. Damboriena, *El protestantismo en América Latina* (Bogotá, 1962-1963); A. Canedo, "Catholicisme et Protestantisme en Amérique Latine": *Rythmes du Monde* (1961), núm. 2-3; C. Procopio de Camargo, *Aspectos Sociológicos del Espiritismo en Sao Paulo* (Bogotá, 1961).

5) — R. Cereceda, *Las Instituciones Políticas en América Latina* (Friburgo en S., 1961); R. de Maeztu, *La Hispanidad* (Madrid, 1950).

pueblos hispanoamericanos tratan de resolver de común acuerdo los problemas urgentes que les preocupan y tratan también de presentarse unidos ante el mundo para hacer pesar más su influencia en la historia. Esta conciencia de unidad se hará cada vez más viva como consecuencia de la facilidad de las comunicaciones y de la tendencia actual a la apertura y a la formación de bloques cada vez mayores. Desde muchos puntos de vista la unidad iberoamericana es mucho más fácil y natural que la unidad europea, para la que la diferencia de lenguas y de historia constituye un no pequeño obstáculo.

Es, pues, posible y muy conveniente una Pastoral de Conjunto para toda América Latina. Pero esta Pastoral de Conjunto supone toda una serie de planes pastorales especializados por regiones y categorías que a su vez deben integrarse en una Pastoral de Conjunto de carácter intercontinental iberoamericano.

II. - Líneas generales para una Pastoral de Conjunto Interamericana

1. - Un nuevo clima

Creemos que una Pastoral de Conjunto hispanoamericana debe tender primordialmente a crear un clima de colaboración entre todos. Para crear este clima hay que insistir en la misión histórica de Hispanoamérica. Los latinoamericanos deben tomar conciencia de su misión en el mundo. En Hispanoamérica mucho más todavía que en Africa o en Asia se está jugando el porvenir de la historia. Por su extensión, sus riquezas potenciales, su explosión demográfica y su homogeneidad, América Latina está llamada a convertirse rápidamente en protagonista y a pasar de una actitud pasiva de recepción a otra más activa de irradiación hacia fuera. Con su vitalidad juvenil en plena expansión, Hispanoamérica parece llamada a salvar un mundo como el occidental que empieza a dar muestras de agotamiento moral y que tiende, en importantes sectores, hacia una involución de carácter materialista. Hispanoamérica no sólo puede aportar al mundo sus materias primas y su riqueza potencial, sino también una nueva savia juvenil y ese "suplemento de alma", que, como decía Pío XII, tanta falta hace al mundo moderno supertecnificado.

Esto debe abrir a los latinoamericanos a un sano optimismo. Las reservas morales y espirituales de Hispanoamérica son mucho mayores de lo que se cree. Ha habido quizá una cierta tendencia morbosa a exagerar los problemas latinoamericanos, no viendo sino el aspecto negativo del fenómeno. Y en verdad hay que ser realistas y ver que los problemas son muchos y algunos explosivos, como consecuencia del ritmo histórico tan acelerado que nos ha tocado vivir. La dialéctica histórica comunista, con su táctica de aceleración forzosa, nos ha metido en una carrera contra reloj, en la que no es posible madurar las personas y las cosas. Pero al margen de esta tensión inhumana, nos encontramos en Hispanoamérica con unas reservas maravillosas, en parte de origen indígena, y en parte de origen hispánico, que proporcionan una tremenda solidez a los pueblos latinoamericanos, por lo que se refiere a las principales manifestaciones de la vida, como son: la religiosidad, la

familia, el amor a la libertad, la falta de prejuicios raciales y la alegría del vivir. Para quien está acostumbrado a penetrar en la realidad social por debajo de las cristalizaciones superficiales, Hispanoamérica es una caja de continuas y agradables sorpresas, no obstante los enormes problemas de que va acompañada esta su actual crisis de crecimiento. Ciertamente que no hay que abusar de la resistencia y aguante de los pueblos latinoamericanos, porque hoy los cambios sociales no nos permiten esperar más para resolver los problemas pendientes, pero se ha de hacer esta transformación sin perder las maravillosas cualidades de base de los pueblos hispanoamericanos y en un clima siempre de sano optimismo realista (6).

2. - Movilización general

Después de crear este clima de misión histórica, de apertura y de optimismo realista, una Pastoral de Conjunto Hispanoamericana debe fomentar lo que podríamos llamar "movilización general" de todas las fuerzas disponibles, con un criterio amplio y eficaz de la colaboración. La empresa es demasiado grande y urgente para excluir a nadie. Todos aquellos que puedan y quieran aportar algo a este quehacer deben ser tenidos en cuenta.

A) Esta movilización debe afectar primero a las **fuerzas locales**: sacerdotes, diáconos, religiosas, seculares. Ya se ha hecho casi un tópico hablar de la falta de sacerdotes en América Latina. Y, en realidad, se trata de un grave problema. Aunque entre 1912 y 1960 se ha pasado de 16.364 sacerdotes diocesanos y religiosos a un total de 37.636; sin embargo, dado el aumento de población, ha empeorado en este lapso la proporción entre sacerdotes y habitantes. En 1912 correspondían 4.480 habitantes a cada sacerdote. En la actualidad, 5.410. En algunos países, como Guatemala, la situación es francamente catastrófica, pues pasan de 10.000 los habitantes que corresponden a cada sacerdote. Ya ahora, como se ve, la situación es verdaderamente angustiada, pero dado el ritmo actual de explosión demográfica y teniendo en cuenta la curva de ordenaciones sacerdotales, el problema se va a hacer trágico en los próximos decenios, si no se toman las medidas oportunas, aunque siempre, naturalmente, es muy difícil hacer conjeturas para un futuro que está ligado a tantos imponderables. Hay que hacer un plan a largo plazo y abordar el problema con valentía e imaginación creadora (7).

6) — R. de Maeztu, *La Hispanidad* (Madrid, 1950); B. Corredor, *La familia en América Latina* (Bruselas, 1962); V. Gutiérrez, *La familia en Colombia* (Bogotá, 1962); Fr. Houtart, *La Iglesia latinoamericana en la hora del Concilio* (Friburgo en S., 1963); F. Malley, *Inquietante Amérique Latine* (Paris, 1963).

7) — Fr. Houtart, *La Iglesia latinoamericana en la hora actual del Concilio* (Friburgo en S., 1963); G. Pérez, *El problema sacerdotal en Colombia* (Bogotá, 1962); G. Pérez, *El problema sacerdotal en América Latina* (Bogotá, 1963).

a) En primer lugar, se impone un mejor aprovechamiento de los sacerdotes existentes, descargándoles de todas aquellas funciones periféricas que pueden hacer los seglares, como la enseñanza de materias profanas, empleos de tipo económico-administrativo, etc. Se impone también una jerarquía de valores. A veces un capellán universitario será más importante que un coadjutor parroquial. Por otra parte, hay que actualizar la formación de los seminarios para hacer más eficaz la misión del sacerdote en el mundo. Hispanoamérica necesita hoy de un tipo de sacerdote dotado de una mística clara y poderosa, capaz de dar un testimonio verdaderamente cristiano con toda su vida, bien preparado pastoralmente, sensible a las inquietudes de nuestro tiempo y extraordinariamente equilibrado para mantenerse en su puesto sin hipotecarse ni a un conservatismo inmovilista, ni a un espíritu revolucionario de carácter demagógico. Finalmente, hay que promover, de acuerdo con la acción del Espíritu Santo y en un clima de **gran** libertad y espontaneidad la creación de equipos o comunidades sacerdotales, no sólo para trabajar en común, sino sobre todo para vivir en común. Estos equipos, si son pequeños, y saben evitar la tentación del monaquismo y están abiertos a un contacto vital con los seglares, pueden hacer mucho más eficaces los esfuerzos del sacerdote, tanto en el campo espiritual como apostólico y pueden proporcionar un calor de hogar a muchos sacerdotes para los que la soledad se les hace muy cuesta arriba (8).

Como fuentes de un más amplio reclutamiento sacerdotal, hay que ver, sobre todo, los movimientos de carácter familiar cristiano, que pueden suponer un cambio revolucionario para el porvenir sacerdotal de América Latina. Es en el seno de los hogares cristianos de verdad donde surgirán las mejores vocaciones. También en las escuelas, colegios y centros catequéticos, cuando están debidamente atendidos desde el punto de vista pastoral, pueden cultivarse auténticas vocaciones sacerdotales. De ahí la importancia de la formación catequética de los maestros, entre otros motivos. Más del 50 por 100 de las actuales vocaciones españolas vienen a través de la escuela y el colegio. Finalmente, los movimientos apostólicos de carácter universitario pueden proporcionar eventualmente algunas vocaciones tardías que pueden ser extraordinariamente interesantes por su responsabilidad y conocimiento del mundo. La experiencia colombiana del Seminario "Cristo Sacerdote", de La Ceja, ha superado los cálculos más optimistas en este campo. Empezó hace siete años con cuatro vocaciones tardías y hoy hay en el seminario unos 170 alumnos, procedentes de todas las profesiones y carreras. De todos modos, la mayor esperanza para el futuro sacerdotal de América Latina radica en la puesta en marcha de un catolicismo dinámico y responsable, en el que florecerán normalmente muchas y auténticas vocaciones al sacerdocio.

b) A los sacerdotes hay que añadir en la actualidad los diáconos, de acuerdo con las nuevas disposiciones del Concilio Vaticano II.

8) — J. M. Setien, *Institutos Seculares para el clero diocesano* (Vitoria, 1957); N. Greinacher, *Priestergemeinschaften* (Mainz, 1960).

La institución del diaconado como un servicio permanente de la Iglesia, semejante a lo que ocurrió en el cristianismo primitivo (Act 6, 1-7), puede resolver en parte el problema de la falta de sacerdotes. Los diáconos podrían proclamar la palabra de Dios, celebrar litúrgicamente algunos sacramentos, como el bautismo y el matrimonio, distribuir la comunión (hay parroquias en Hispanoamérica en que resulta materialmente imposible por falta de sacerdotes o por el número excesivo de comulgantes), dirigir ciertas paraliturgias en parroquias desprovistas de clero y, sobre todo, ocuparse de las funciones administrativas de la Iglesia, como hicieron los antiguos diáconos. Son muchos hoy los que piensan sería muy útil volver a la experiencia colonial de hacer pequeñas comunidades litúrgicas, donde no hay sacerdote, dirigidas por un seglar-catequista o un diácono. Gracias a la radio, cintas magnetofónicas, directorios paralitúrgicos, etc., estas comunidades podrían hacer una función litúrgico-apostólica de primera importancia. Así también se lograría dar un carácter más humano a las comunidades cristianas. Según parece, el éxito parcial de algunas sectas en Hispanoamérica radica precisamente en el carácter humano de sus comunidades. Hay que volver en parte, y no sólo en Hispanoamérica, al concepto pastoral de la "ecclesia domestica" del cristianismo primitivo en Roma. Y para eso la institución del diaconado puede ser providencial.

Aunque sin excluir otras posibilidades, quizá el ideal sería reclutar los diáconos en los actuales movimientos de carácter familiar cristiano, a base de seglares casados, que habrían dado pruebas de una vida auténticamente cristiana y ejemplar. "Conviene que los diáconos, dice San Pablo a Timoteo, sean asimismo honorables, exentos de doblez, no dados al vino ni a torpes ganancias, que guarden el misterio de la fe en una conciencia pura. Sean probados, primero, y luego ejercen su ministerio, si fueren irrepreensibles. También las mujeres deben ser honorables, no chismosas, sobrias y en todo fieles. Los diáconos sean maridos de una sola mujer (no casados por segunda vez), que sepan gobernar a sus propios hijos y a su propia casa. Pues los que desempeñen bien su ministerio alcanzarán honra y gran autoridad en la fe que tenemos en Cristo Jesús" (1 Tim. 3, 8-13). Quizá la mejor manera de formar y dar consistencia a los diáconos consistiría en incorporarlos a un Instituto Secular u otras sociedades seglares de perfección, sin excluir, claro está, otras fórmulas posibles. No hay que cerrar **a priori** la puerta a las iniciativas del Espíritu Santo (9). Algunos obispos latinoamericanos parecen desilusionados con la institución del diaconado, pues creen que es una seudolución del problema sacerdotal y hasta un obstáculo por lo mismo para buscar una solución radical al mismo. Comprendemos su angustia pastoral ante la falta de sacerdotes, pero no compartimos su desilusión. Algunos hubieran preferido, por ejemplo, la creación de un clero no celibatario, como ya existe en la Iglesia Oriental, y con una formación sacerdotal acelerada, destinada, sobre todo, a las zonas rurales y suburbanas (población marginal), sin perjui-

9) — P. Winninger, *Hacia una renovación del diaconado* (Bilbao, 1963); J. Hornef, *¿Vuelve el diaconado de la Iglesia primitiva?* (Barcelona, 1962).

cio, claro está, de otro clero celibatario y formado en plan lento para el apostolado urbano y especializado, que podría ser obligado más o menos a vivir en equipo, como garantía espiritual y sociológica de su celibato.

Hoy por hoy, sin embargo, esta fórmula no parece responder a los planes del Espíritu Santo. En la mayor parte de las regiones iberoamericanas, y sobre todo en el campo, este clero no celibatario chocaría y hasta posiblemente escandalizaría a los campesinos, provocando en ellos un **choc** de carácter negativo. Mejor es ir poco a poco creando un clima. Puede ocurrir entre tanto que, gracias al diaconado y la puesta en marcha de un catolicismo latinoamericano más dinámico y responsable, se resuelva el problema de la penuria sacerdotal y se hagan innecesarias estas medidas radicales. Y en caso de creerse necesario un cambio de estructuras en este sentido, siempre será mejor hacerlo sin quemar las etapas y cuando el pueblo se haya acostumbrado al ministerio de los diáconos. Después de un período razonable de tiempo, si la Iglesia lo creyese conveniente, no sería tan difícil ni comprometido ordenar sacerdotes a algunos de estos diáconos, que hubieran dado pruebas de una verdadera vocación sacerdotal.

c) En íntima unión con sacerdotes y diáconos deben trabajar los religiosos no sacerdotes y las religiosas. Su aumento en Hispanoamérica es mayor que en muchos otros países y ofrece una curva positiva en relación con el aumento de la población, cosa que no ocurre probablemente con las vocaciones sacerdotales. De 8.500, que eran los religiosos no sacerdotes en 1956, han pasado a 12.800 en 1960. Las religiosas en el mismo período han pasado de 80.580 a 100.200.

Dentro de una Pastoral de Conjunto hay que tender a superar esa tensión ya casi tradicional entre clero secular y regular. El P. Lombardi y sus Ejercitaciones por un Mundo Mejor, en las que han participado un buen número de obispos, sacerdotes, religiosos y seglares de América Latina, ha contribuido de un modo importante a crear un clima de colaboración entre unos y otros y una verdadera conciencia de Cuerpo Místico de Cristo. "Hay, en efecto, diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad... Todas las cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere. Porque así como siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un único cuerpo, así es también Cristo" (1 Cor. 12, 4-12). Hay que encontrar en un clima de Iglesia fórmulas concretas de colaboración, que salvaguarden a un tiempo el carácter universal de los religiosos y su total disponibilidad para ir a cualquier parte del mundo, donde la Iglesia los necesite, y su encarnación sincera y desinteresada en la pastoral local. La participación de los religiosos en las conferencias episcopales y en las juntas diocesanas de coordinación pastoral puede ser muy interesante desde este punto de vista.

Por otra parte, los religiosos y, sobre todo, las religiosas deben hacer en la actualidad un serio esfuerzo para poner al día su formación

religiosa, profesional, humana y social, si quieren que su apostolado sea verdaderamente eficaz en un mundo que está cambiando tan radicalmente y a un ritmo tan vertiginoso como el mundo hispanoamericano. En este sentido nos parece muy interesante la formación teológica que comienza a darse a las religiosas en algunos Institutos de Teología. Esta Teología debe ser sólida y actual (10).

d) Finalmente, hay que contar también con el laicado. Ha sonado “la hora de los seglares” en la Iglesia. Múltiples factores han intervenido en la promoción del laicado. Ante todo la paulatina democratización del mundo moderno, que ha puesto de relieve el valor de la persona humana. Este proceso de maduración personal se advierte especialmente en el seno de la Iglesia y ha encontrado en los últimos Papas sus más aguerridos defensores. El seglar comienza a sentirse maduro para aceptar sus responsabilidades como miembro activo de la Iglesia.

No hay que creer, sin embargo, que este prometedor fenómeno es de carácter puramente sociológico. La mayoría de edad de los seglares es algo que responde a las más profundas exigencias del dinamismo cristiano. Cristo debe crecer hasta llegar a su edad adulta en todos y cada uno de los miembros del Cuerpo Místico. Y en este Cuerpo los seglares no son números abstractos, masa, sino personas concretas, otros Cristos, con una misión única e intransferible dentro de los planes de Dios.

A este proceso de suficiencia de los seglares hay que añadir la insuficiencia del clero, tanto cuantitativa como cualitativa. En casi todo el mundo, pero sobre todo en Hispanoamérica, el problema de la penuria de sacerdotes es por demás alarmante. De ahí la tendencia a descargar ciertas competencias del clero en manos de los seglares. Pero esta insuficiencia no es sólo cuantitativa, sino también cualitativa. Hay, en efecto, cosas que los seglares pueden hacer mejor que los sacerdotes y religiosos y otras que éstos no pueden hacer en modo alguno y los seglares sí; por ejemplo, la cristianización, desde dentro, de las estructurales temporales. En una Pastoral de Conjunto se impone, pues, una sincera y constructiva colaboración entre clero y seglares. Como decía Paulo VI, en un discurso, en enero del año anterior, “la Iglesia habla hoy de los seglares y habla con los seglares”. Hay que evitar a toda costa un clima de tensión y desconfianza mutua que sería muy perjudicial para el apostolado. Ni los seglares deben sentirse en un clima de “emancipación” revolucionaria, como dijo Pío XII, ni tampoco la Jerarquía debe tratar a los seglares de un modo paternalista y como si fueran “eternos moneros de edad”. Tanto en el CELAM, como en las “conferencia episcopales nacionales” y en las juntas de coordinación pastoral diocesana, debería, a ser posible, entablarse un diálogo constructivo de la Jerarquía con los seglares más calificados de los diversos movimientos o también simplemente a título personal (11).

10) — C. Suenens, *Promoción apostólica de la religión en el mundo de hoy* (Bilbao, 1963).

11) — G. Philips, *Misión de los seglares en la Iglesia* (San Sebastián, 1958); L. M. de Bazelaire, *Los laicos también son Iglesia* (Madrid, 1960); A. M. Carré, *El*

B) La movilización general de fuerzas en favor de Hispanoamérica debe afectar también a ciertos **refuerzos de origen extranjero**. El ideal sería que Iberoamérica se autobastara a sí misma y que, incluso, ya que constituye casi un tercio del mundo católico, pudiera proyectar hacia fuera misionalmente su catolicismo. De este modo podrían liberarse muchas fuerzas de otros países que podrían ir así a misiones en regiones no cristianas. En este sentido podemos notar que España ocupa un lugar de segunda importancia entre las naciones estrictamente misioneras, precisamente porque envía casi todos sus elementos misioneros a Hispanoamérica, de acuerdo con los deseos pontificios. La realidad es que desde el punto de vista vocacional América Latina no se basta. Por eso hay que enfrentarse con los hechos valientemente y sin resentimientos ni complejos de ninguna clase. Por otra parte nadie nos puede probar que esta mezcla de fuerzas apostólicas locales y extranjeras no pueda ser algo providencial destinado, según los planes de Dios, a preparar la misión universal a que Hispanoamérica parece destinada en un futuro más o menos próximo. Gracias a esta apertura la Iglesia en América Latina puede sentirse más católica y universal.

En todo caso lo que hay que evitar a toda costa, dentro de una auténtica Pastoral de Conjunto, es una serie de prejuicios, por ambas partes, que pueden comprometer una colaboración auténtica y desinteresada.

Por el volumen de su aportación sacerdotal, los países que en la actualidad están colaborando más con América Latina son: España (7.352), Alemania (1.480), Holanda (1.208), Estados Unidos (1.106), Francia (583), Canadá (312), Bélgica (268), Suiza (102). En total 12.493 sacerdotes extranjeros en 1960. De éstos, unos 2.800 sacerdotes seculares. Los demás son religiosos. Este número parece ir en aumento de modo especial en lo que se refiere a Bélgica, Canadá, Estados Unidos y especialmente España. Se calcula que en 1962 había en América Latina más de 20.000 sacerdotes y religiosos de origen español (12).

Podemos agrupar todo este contingente de sacerdotes extranjeros en tres grupos fundamentales: España, Europa Central y América del Norte. La aportación española ha mejorado mucho en estos últimos tiempos, gracias al despertar general del catolicismo español después de la guerra civil y gracias también a determinadas organizaciones, especialmente la OCSCHA, que ha hecho todo lo posible por seleccionar y preparar a los sacerdotes destinados a Hispanoamérica. Aquel tipo de sacerdote francotirador, más o menos fracasado en España, que pasaba

sacerdocio de los fieles (Salamanca, 1961); Y. Congar, *Jalones para una Teología del Laicado* (Barcelona, 1961); A. Hortelano, "El puesto del seglar en la Iglesia": *Pentecostés*, número 5 (1964).

12) — C. Bayle, *El clero secular y la evangelización de América* (Madrid, 1950); G. Pérez, *El problema sacerdotal en América Latina* (Bogotá, 1963); G. Pérez, *El problema sacerdotal en Colombia* (Bogotá, 1962); G. Garrido, *La colaboración sacerdotal con América Latina* (Madrid, 1963); Fr. Houtart, *La Iglesia latinoamericana en la hora del Concilio* (Friburgo en S., 1963).

el Atlántico en plan de evasión, está desapareciendo casi en absoluto. Los españoles que van hoy a América deben hacer un serio esfuerzo para realizar esta misión del modo más desinteresado posible. Y han de evitar a toda costa el "complejo de neoconquistadores", tratando seriamente de encarnarse en las repúblicas a que han sido enviados. En la medida de lo posible se ha de procurar que estos sacerdotes estén bien formados, procurando aumentar entre ellos el número de verdaderos especialistas en los diversos campos de la pastoral moderna. Hace falta número, pero sobre todo calidad. Por falta de esta preparación puede crearse muchas veces una especie de tensión más o menos consciente, al aceptar la Jerarquía hispanoamericana a sacerdotes españoles, porque son los únicos disponibles y por la ventaja de la comunidad de lengua, pero inspirando sus planes de apostolado en una Teología Pastoral de origen centroeuropeo, en vez de integrar armoniosamente todos estos elementos diferentes.

Por su parte el clero hispanoamericano debe evitar en sus relaciones con los sacerdotes españoles los viejos prejuicios del tiempo de la colonia y de la independencia, muchas veces exagerados por una anacrónica "leyenda negra" antiespañola, que hoy ya no admiten los historiadores más objetivos. Las nuevas generaciones de españoles e hispanoamericanos no deben preocuparse tanto por los problemas que tuvieron sus abuelos, sino que más bien deben mirar hacia delante para ver qué es lo que pueden hacer como protagonistas de una historia que se nos presenta apasionante. Más que lo que les separa, hispanoamericanos y españoles deben ver lo que les une, que no es poco.

Con respecto a la Europa Central, hay que destacar, sobre todo, el "Colegio Latinoamericano", de Lovaina, y la ayuda financiera de la "Misereor" y la "Adveniat" alemanas. Pero quizá más importante que esta contribución personal y económica sea la enorme influencia doctrinal que en el campo de la Teología y el apostolado está ejerciendo en el continente hispanoamericano la literatura religiosa francesa y alemana. Hoy de hecho se ha traducido al español lo mejor de las publicaciones teológicas de Europa Central. Es un importante servicio que España ha hecho a Hispanoamérica. A esto hay que añadir los viajes que ciertos sociólogos y pastoralistas han hecho por el continente latinoamericano. Por ejemplo, Boulard, Houtart, Lebret..., etc. Una de las realizaciones más interesantes de esta colaboración ha sido la publicación en Madrid, por parte de la FERES, de tres series de estudios sociológicos sobre Latinoamérica de indudable interés: **Estudios Sociológicos Latinoamericanos, Documentos Latinoamericanos y Estudios Socio-Religiosos Latinoamericanos.**

Con respecto a esta colaboración, los centroeuropeos deben evitar a toda costa hacer juicios precipitados o aprioristas sobre Hispanoamérica. Muchas veces en un viaje relámpago y sin dominio de la lengua, es muy difícil llegar a conocer a fondo un subcontinente tan complejo y de tantos contrastes como el iberoamericano. Así ocurrió, por ejemplo, con un famoso apóstol social belga, que visitó en barco América Latina y emitió después un concepto naturalmente equivocado y unilateral sobre Hispanoamérica, a base de lo que había visto en la costa y de lo que podríamos llamar "catolicismo costero" latinoameri-

cano. Por su parte, el clero de Hispanoamérica debe evitar a toda costa copiar simplemente lo que ha visto en Europa, sin tener en cuenta la idiosincrasia de los pueblos latinoamericanos y consciente de que también Europa tiene que aprender mucho de Hispanoamérica. De este modo además se eliminaría cierto recelo existente hacia los sacerdotes "europeístas", algunos de los cuales vuelven del viejo continente dispuestos a destruir la antigua casona para construir en su lugar una casa moderna y flamante, aunque no siempre adaptada al ambiente. Lo que ha ocurrido arquitectónicamente en ciertas zonas tropicales de América Latina al intentar sustituir las tan humanas y funcionales casas de la colonia, de una o dos plantas y patio, por las enormes casas de apartamentos, herméticamente cerrados y agobiantes para climas calientes y húmedos. Esto no quiere decir que se ha de fomentar la autarquía nacionalista. Hispanoamérica necesita de estímulos y sugerencias para ponerse en marcha. Y es natural que estos estímulos le han de venir en gran parte de la vieja Europa, de la que depende culturalmente, pero siempre a base de una reacción original y vivida ante esos estímulos del exterior.

Los americanos del Norte están ayudando a América Latina con gran generosidad desde el punto de vista económico y también personal. En general los sacerdotes norteamericanos, quizá por un cierto complejo ante las dificultades de la lengua, han trabajado más bien en las zonas rurales, lo que, sin quitar nada a su abnegación, les ha limitado un poco su influencia en estratos más decisivos e influyentes de la actual evolución histórica. Deben en todo caso hacer un serio esfuerzo para encarnarse en el mundo ambiente de un modo connatural, en todo lo que se refiere a su vida personal y al consumo de los artículos de primera necesidad, pues, de lo contrario, su actitud puede resultar molesta a la población local, como de hecho ha ocurrido en casi todas partes con las bases militares norteamericanas, no sólo en Europa, sino también en África y Asia.

Con respecto a la aportación de los "Voluntarios del Papa", algunos obispos latinoamericanos piensan que quizá sería más eficaz destinar una parte del presupuesto que se dedica a esa operación en favor de ciertas obras seglares latinoamericanas, que podrían hacer un apostolado más encarnado en su propio ambiente, sin excluir, claro está, en absoluto la aportación personal extranjera. Por parte de los sacerdotes hispanoamericanos con respecto a sus hermanos del Norte será conveniente hacer un esfuerzo para superar todo posible resentimiento de carácter nacionalista que podría obstaculizar una colaboración fraterna desde el punto de vista apostólico entre las dos Américas. En este sentido los canadienses no tropiezan con tantos prejuicios prácticos como los norteamericanos.

3. - Plan de acción

Un Pastoral de Conjunto para Hispanoamérica debe estudiar cuidadosamente un plan de acción en que se aborden los problemas dentro de una exacta jerarquía de valores y a base del máximo aprovechamiento de las fuerzas con que se cuenta. A nuestro modo de ver,

en Hispanoamérica hay actualmente que insistir en los siguientes aspectos de la Pastoral.

A) **Cultura religiosa.** — Quizás el problema fundamental más urgente de Hispanoamérica es el de la cultura religiosa. En el fondo la gran tarea del catolicismo latinoamericano es transformarse de sociológico, como en gran parte es actualmente, a consciente y responsable. Y para eso hace falta ante todo una cultura religiosa, lo mismo que en el plano profano el problema de la educación es quizá el problema número 1 de Iberoamérica. Esto adquiere tanta más importancia si se tiene en cuenta que en América Latina predominan los jóvenes en período de educación y que se siente cada vez más la necesidad de unos nuevos "valores" que inculcar a la juventud en estos momentos de crisis. Sólo la Iglesia o el Comunismo parecen capaces en la actualidad de llenar ese peligroso vacío cultural que se advierte en las nuevas generaciones. El joven de hoy necesita ante todo y sobre todo una nueva visión del mundo y de la historia. La cultura religiosa en la actualidad debe ser compleja, de acuerdo con los diversos niveles del anuncio del Evangelio (13).

a) **Kerigma** o proclamación de la palabra de Dios. En primer lugar se impone una amplia proclamación del mensaje evangélico en plan solemne y como a trompetazos, casi como por vez primera. No porque estemos de acuerdo con aquellos que dicen que toda la evangelización hispanoamericana es un barniz y que hay que proceder en Latinoamérica como en tierra pagana. La gran diferencia entre Hispanoamérica y un verdadero país de misión es que, mientras en éste el trabajo de evangelización es lento, en general, salvo raras excepciones, y debe impregnar lenta y difícilmente las estructuras sociales, en cambio la evangelización en Hispanoamérica es generalmente de efectos sensacionales. Algo así como cuando hay fuego en la brasa, aunque aparezca apagado. Basta soplar y se hace llama, un incendio. Desde este punto de vista la predicación misionera es muy importante, como se ha visto con los resultados obtenidos por el Equipo Misionero Internacional, puesto en marcha por la CONFER española, y los diversos equipos misioneros nacionales. Pero creemos sinceramente que hay que insistir en una predicación misional más positiva que negativa (el clásico regaño), más teológica que moralizante, más social que individualista. Sólo con un tipo así de predicación misional se llegará de verdad a hacer un impacto auténtico, sin quedarse en puro fuego de bengalas. Para que esta predicación del Evangelio sea verdaderamente cristiana debe ir necesariamente acompañada de una iniciación en la vida litúrgica. En este sentido queda todavía bastante que hacer dentro del actual movimiento misional de Hispanoamérica. Por otra parte, las misiones deben tener un indiscutible apoyo sociológico, tanto en lo que se refiere a la premisión (estudio sociológico-religioso de la región), como a la postmisión (plan de reforma de estructuras) (14).

13) — V. Schurr, *La predicación cristiana en el siglo XX* (Madrid, 1956).

14) — P. Hitz, *Pregón misionero del Evangelio* (Bilbao, 1960).

En relación con los famosos "Cursillos de Cristiandad", traídos de España y que con tanto éxito se han ido extendiendo por toda Hispanoamérica, creemos que están llamados a hacer mucho bien a determinados públicos, sobre todo a un cierto tipo de hombre frío, un tanto materializado y con no demasiadas preocupaciones intelectuales. Para temperamentos muy sensibles quizá resulte un **choc** demasiado fuerte y para minorías más o menos intelectuales puede en más ocasiones quedarles la impresión de un verdadero lavado de cerebro. Por eso hay que aconsejarlos con prudencia y discreción, según los casos (15).

b) **Catequesis.** Pero más importante casi, si cabe, que el anuncio misional del Evangelio del Evangelio en Hispanoamérica, es la catequesis. Gracias a Dios la fe en América Latina es todavía muy sólida desde el punto de vista sociológico. Lo que urge es hacerla más consciente y responsable. Por eso más que un impacto, que es relativamente fácil de conseguir, lo que hace más falta es ir poco a poco instruyendo a las masas por medio de una verdadera catequesis, tanto infantil como adulta. Se impone urgentemente una campaña de alfabetización religiosa, sirviéndose para ella de todos los medios actuales de difusión y recursos modernos de pedagogía. La experiencia de Sutatenza en Colombia, patrocinada por la Unesco, puede servir de ejemplo a otros países latinoamericanos, como ya parece que está ocurriendo, por ejemplo, en Paraguay. También los colegios religiosos pueden hacer mucho en este sentido. Pero para eso hay que hacer una verdadera reforma de la enseñanza impartida por la Iglesia en una línea mucho más social que la que existe actualmente. Hay que acabar de una vez con el monopolio de los colegios religiosos dedicados exclusiva o casi exclusivamente a la burguesía. Finalmente, creemos que para esta campaña catequética es muy importante la presencia de la Iglesia de un modo u otro en las Normales, donde se están formando los maestros del futuro (16).

De modo especial convendría atender en las parroquias los catecumenados de adultos, tal como se practicaba en el cristianismo primitivo y en la época colonial y tal como hoy, por ejemplo, se trata de establecer en las parroquias misioneras de Francia. El Instituto de Catecumenado Adulto de París puede ser muy útil para la formación de seglares especializados en esta actividad apostólica. También el Instituto Catequético de Santiago de Chile parece estar bien orientado y dando resultados positivos (17).

c) **Teología para seglares.** Hoy más que nunca se impone una formación teológica de las minorías seglares. Sin esta formación será

15) — J. Hervás, *Manual de dirigentes de cursillos de cristiandad* (Madrid, 1961).

16) — J. A. Jungmann, *Catequética* (Barcelona, 1961); L. Bouyer, *La iniciación cristiana* (Madrid, 1961); *Manual del Catecismo Católico* (Barcelona, 1963).

17) — "Teología para los hombres de hoy": *Catecismo para adultos de St. Séverin. París* (Madrid, 1964).

imposible una verdadera mayoría de edad del laicado, sobre todo en el universitario e intelectual. El universitario necesita de la Teología para llenar el vacío que existe entre sus inquietudes intelectuales de carácter superior y su formación religiosa puramente infantil, a un nivel de catecismo, aprendido de memoria y casi olvidado en la mayoría de los casos. Por otra parte, la Teología necesita del universitario para hacerse actual y adaptarse a las necesidades de los tiempos modernos. En este sentido es muy importante la creación de Institutos de Teología en las Universidades, sean católicas o del Estado. La experiencia realizada en la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín (Colombia) puede servir de pauta. El ideal sería llegar a hacer auténticas Facultades de Teología abiertas a los seglares. En esta misma línea creemos muy importante montar buenas bibliotecas de Teología actual a disposición de las minorías seglares (18).

B) Renovación litúrgica. — De acuerdo con la reciente Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II es necesario urgentemente hacer una renovación litúrgica en Hispanoamérica. Hay que conseguir a toda costa una mayor participación activa de los fieles en el misterio litúrgico, para lo que se exige una previa tarea de formación, sin la que la "Constitución" no llegará a vivirse connaturalmente. Gracias a esa mayor participación, la práctica religiosa, que, en general, es todavía bastante buena en Hispanoamérica, cuando se puede atender adecuadamente a los fieles, podría hacerse más consciente y responsable. Hay que tener, sin embargo, mucho cuidado para no destruir, en esta tarea de actualización, antiguos valores positivos de esta práctica religiosa sociológica, que, debidamente depurados e integrados en la liturgia, pueden constituir una enorme riqueza del catolicismo hispanoamericano con relación al de otros pueblos. ¡Qué bonito, por ejemplo, integrar las procesiones de Semana Santa, tan vividas en España y los países hispánicos, en la celebración de los oficios litúrgicos!, transformando ese tipo de procesión estilizada, tal como existe hoy en la li-

18) — A. Hortelano, *Cristo y la juventud europea de hoy* (Barcelona, 1961); M. Benzo, *Teología para universitarios* (Madrid, 1961); H. Roth, "Esta es mi fe". *Teología para seglares* (Barcelona, 1961); B. Pruche, "Historia del hombre, misterio de Dios". *Teología para seglares* (Madrid, 1963). No existe ningún manual definitivo y convincente plenamente para una iniciación teológica de los universitarios. Quizá hoy por hoy el ideal sería hacer un manual en cadena a base de varios libros: H. de Lubac, *El drama del humanismo ateo* (Madrid, 1956); J. Daniélou, *Dios y nosotros* (Madrid, 1962); J. Daniélou, *En torno al misterio de Cristo* (Madrid, 1961); H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia* (Bilbao, 1961); A. Martimort, *Los Signos de la Nueva Alianza* (Salamanca, 1962); F. Bourdeau y A. Danet, *Introducción a la Ley de Cristo* (Madrid, 1964); J. Daniélou, *El cristiano y el mundo moderno* (Barcelona, 1963); G. Thils, *Teología de las Realidades Terrestres* (S. Sebastián, 1960); J. Daniélou, *El misterio de la historia* (S. Sebastián). Sobre las Tendencias Actuales en Teología puede verse: *Panorama de la Teología Actual* (Madrid, 1961). Acerca de la situación en América Latina puede consultarse L. A. Sánchez, "L'université en Amérique Latine": *Amériques*, mayo (1962).

turgia romana, que en vez de signo es casi un contrasigno, en una verdadera y auténtica procesión por calles y plazas, en la que los fieles participarían más activamente que en la actualidad, por medio de cánticos religiosos populares, y que desembocaría en la plaza mayor de la población para culminar allí en la segunda parte del oficio litúrgico. Más que destruir hay que refinar e integrar, de acuerdo con el actual movimiento descentralizador de la liturgia (19).

Desde el punto de vista artístico sacro, creemos que se debe llegar a un verdadero arte latinoamericano, que integre los grandes valores de la tradición indígena e hispánica con las nuevas corrientes de la arquitectura moderna y del arte contemporáneo. El templo debe ser ante todo funcional, es decir, debe estar al servicio del misterio litúrgico y ha de estar a tono con el medio ambiente. No tiene, por ejemplo, sentido una Iglesia de tipo centroeuropeo, concebida para una región fría y sin sol, en una región tropical. Además la arquitectura religiosa moderna, y sobre todo en Hispanoamérica, tiene que ser sincera en lo que se refiere al empleo de materiales, que deben ser pobres y los de la región (resulta ridículo, por ejemplo, importar mármol italiano de Carrara a América Latina, cuando se dispone en el sitio de materiales maravillosos, como las maderas tropicales...). Tiene que ser también una arquitectura desnuda y sincera, sin barroquismos de ninguna clase, de acuerdo con el gusto depurado de nuestros días, que tiene además la ventaja de disminuir el costo de la construcción, en un clima de pobreza evangélica y preocupación por los grandes problemas sociales de Hispanoamérica. Desde el punto de vista de la artesanía religiosa creemos sería muy interesante revalorizar, como se está haciendo en España con tan buenos resultados, incluso para la exportación, la antigua artesanía indígena y colonial, debidamente depurada y modernizada. La mano de obra latinoamericana es todavía muy hábil para estos cometidos. Lo único que necesita es ideas y preparación. Algunas pruebas realizadas con algunos artesanos de Medellín, en Colombia, para la confección de cálices, copones, sagrarios, ha dado un resultado excelente a juicio de artesanos calificados de Madrid y París (20).

C) Reforma de estructuras eclesiales. — En general, podemos decir que las actuales estructuras eclesiales en Hispanoamérica, sobre todo la parroquia y la diócesis, están desbordadas cuantitativa y cuali-

19) — O. Casel, *El misterio del culto cristiano* (S. Sebastián, 1953); A. Martimort, "En memoria mía". *Misa y sacramentos* (Barcelona, 1959); C. Floristán, *El año litúrgico* (Barcelona, 1962); R. Guardini, *El espíritu de la liturgia* (Barcelona, 1962); J. Oñatibia, *El libro del comentador* (Vitoria, 1962); J. M. Estepa, *La liturgia y la catequesis en América Latina* (Madrid, 1963); Constitución de Sagrada Liturgia. Vaticano II. "Estudios Teológico-pastorales": *Pentecostés*, núm. 4 (1964).

20) — I. Herwegen, *Iglesia, arte, misterio* (Madrid, 1960); R. Guardini, *Sobre la esencia de la obra de arte* (Madrid, 1961); M. Fisac, *La arquitectura popular española y su valor* (Madrid, 1962); E. Marco, *La arquitectura barroca en el Perú* (Madrid, 1959).

tativamente. La superficie media por parroquia alcanza a 992 kilómetros cuadrados, con una población media de 15.232 habitantes. Por otra parte, la proporción entre fieles y sacerdotes por parroquia es también excesiva. En los países donde mejor se presenta la situación, como Colombia, Ecuador y Paraguay, corresponde de 7 a 8.000 habitantes por sacerdote en parroquia, mientras que en el Brasil y algunas Repúblicas de América Central oscilan entre 14 y 17.000 habitantes por sacerdote en parroquia, lo que hace extraordinariamente difícil una pastoral dinámica. Respecto a la creación de nuevas diócesis se ha hecho un esfuerzo considerable en los últimos años. Entre 1950 y 1960 se han creado casi tantas nuevas diócesis como entre 1900 y 1950. Pero todavía queda mucho por hacer hasta conseguir que tanto las diócesis como las parroquias tengan unas dimensiones realmente humanas desde el punto de vista sociológico.

Cualitativamente hablando se impone también un cambio de estructuras eclesiales. La parroquia debe hacerse cada vez más misionera, reservando los sacerdotes para las tareas estrictamente ministeriales, como la predicación y las celebraciones litúrgicas, y descargando en los seglares todas las funciones de carácter administrativo y social (burocracia, residencias sociales, escuelas parroquiales...). La misma liturgia debe ser concebida de un modo más pastoral y al servicio del pueblo y no de un interés particularista mal entendido. De ahí que se deba tender a suprimir en absoluto todas las realizaciones barrocas, que hoy ya no tienen sentido en la actual sociedad y hacen perder mucho tiempo a los sacerdotes, como las misas cantadas de tres, la administración individual del bautismo y la primera comunión, la distinción de clases en matrimonios y entierros. El equipo sacerdotal de la parroquia debería constituir, a ser posible, una verdadera comunidad, no sólo en cuanto a las actividades pastorales, sino también en cuanto a la vida entre los mismos sacerdotes. Sólo así la parroquia podrá ser verdaderamente misionera y dinámica.

Aun cuando se imponga una revitalización de la parroquia dentro de la pastoral moderna, sin embargo no hay que ignorar que la parroquia, como comunidad territorial, está en buena parte superada sociológicamente. Para muchos fieles el centro vital de su existencia no es ya el sitio donde viven, sino el lugar donde estudian (Universidad) o donde trabajan (fábrica, oficina). De ahí que se imponga una gran flexibilidad en las estructuras eclesiales para crear nuevos instrumentos adaptados a la realidad, si no se quiere que la Iglesia quede al margen de la vida, como ha pasado con la pastoral obrera europea en el siglo XIX. Cada vez parece imponerse más la creación de parroquias especializadas de tipo universitario y laboral, que deben, eso sí, integrarse con las parroquias territoriales dentro de una Pastoral de Conjunto.

Hay que tener también en cuenta la necesidad de ciertas estructuras de carácter interparroquial para los movimientos especializados que dentro de la parroquia se ahogarían por falta de espacio vital. Y si esto ocurre más allá de la parroquia, más acá de la misma se podría quizá insistir en la creación de "ecclesia domesticae" como en el cristianismo primitivo. Hay que volver hoy a un tipo de liturgia fami-

liar que dé una sólida base humana a la Iglesia. Si queremos partir de la parroquia como estructura básica eclesial, y no de esa estructura primordial, que es la familia cristiana, nos quedaremos fácilmente con una Iglesia de masa, donde la mayoría de los fieles se sienten puros números. La parroquia, por muchos esfuerzos que haga, sobre todo en las grandes ciudades, corresponde a un tipo de Iglesia masiva. Por eso surge oficialmente después de Constantino (siglo IV) con motivo de las conversiones en masa al cristianismo. Estas "ecclesiae domesticae", íntimamente relacionadas con los movimientos familiares cristianos y centros de una vida litúrgica o por lo menos paralitúrgica de gran intensidad, como se pudo ver, por ejemplo, durante la persecución religiosa española (1936-1939), lejos de entorpecer la labor de la parroquia pueden preparar el clima adecuado para una auténtica participación de los fieles en la misma.

Las diócesis no deben olvidar que ya no es posible cerrarse sobre sí mismas, como cuando apenas si existían comunicaciones entre las diversas regiones de América Latina. Hoy, cuando el mundo se nos ha hecho pequeño y todo influye en todos, cada una de las diócesis debe abrirse a una Pastoral de Conjunto nacional e internacional, si no se quiere crear graves confusiones en los fieles con orientaciones doctrinales y apostólicas demasiado particularistas. Muchas veces habrá que sacrificar un modo personal o local de ver las cosas ante el bien común. Por otra parte, tanto los obispos como los párrocos tendrán cada vez una mayor conciencia de que el ministerio pastoral es un servicio y que en las actuales circunstancias de expansión pastoral del catolicismo latinoamericano hay que tener la lealtad de saberse retirar a tiempo, cuando las fuerzas no pueden sostener el tremendo ritmo vital de los tiempos actuales. Esto que vale para todo la Iglesia, se aplica especialmente en estos graves momentos a la Iglesia en Hispanoamérica (21).

D) **Apostolado seglar.** — Prescindiendo de las apasionadas disputas en torno al apostolado seglar, que hoy día dividen a los teólogos, podemos concluir que hay dos maneras posibles de apostolado seglar, el de la Acción Católica en un sentido amplio y el de la Acción de los Católicos. Para la movilización general del laicado que urge hacer en Hispanoamérica hacen falta estas dos formas de apostolado.

En primer lugar se recomienda la Acción Católica en un sentido amplio, en colaboración con las Congregaciones Marianas, Legión de María, Hermandades del Trabajo, Movimiento Familiar Cristiano... etc. Se ha hablado mucho de la crisis de la Acción Católica. No cabe duda de que hay que actualizarla y renovar sus cuadros dirigentes de un modo ininterrumpido, para evitar cualquier tipo de anquilosamiento (22).

21) — A. Ryckmans, *La parroquia viviente* (Bilbao, 1959); A. Michonneau, *Paroisse, communauté missionnaire* (París, 1945); H. Rahner, *La parroquia, de la teoría a práctica* (S. Sebastián, 1961).

22) — A. Bonet, *La acción católica antes y ahora* (Madrid, 1960).

No todos los seculares están llamados a participar en este apostolado de carácter asociativo, bajo la directa responsabilidad de la jerarquía. Sin embargo, todos, en virtud del bautismo, la confirmación y los carismas personales del Espíritu Santo deben hacer un apostolado determinado, como cristianos que viven en el mundo. Esta acción de los católicos, bajo su propia responsabilidad, aunque siempre en unión espiritual con la Iglesia y de acuerdo con sus directivas doctrinales, permite a los cristianos, individualmente o en grupo, una importante acción en el campo de las estructuras temporales. De este modo, como dijo Paulo VI, en discurso reciente, los seculares son como el puente entre la Iglesia y el mundo. Dan un testimonio de la Iglesia en el mundo profano, contribuyendo desde dentro a la cristianización del mundo (arte, ciencia, trabajo, técnica, realidades económicas y sociales, diversiones. . .) y dan después un testimonio del mundo profano a la Iglesia, constituyéndose así en los mejores colaboradores y consejeros de la jerarquía en relación con la cristianización de lo temporal. De este modo Cristo podrá, a través de los seculares, recapitular en sí todas las cosas, sin que el clero deba comprometer su ministerio espiritual, metiéndose directamente en el campo de lo temporal. Esta independencia de la Jerarquía con respecto, sobre todo, a la política y a la economía le dará una gran agilidad, sin que por eso, sin embargo, los cristianos deban encerrarse en las sacristías, como pretenden los comunistas o ciertos movimientos demasiado espiritualistas, muy acentuados, por ejemplo, en la Iglesia Ortodoxa (23).

Para esta acción de los seculares en el mundo, los Institutos Seculares y otras sociedades seculares de perfección pueden prestar no pequeña ayuda a la Iglesia, poniendo al servicio de la Iglesia hispanoamericana minorías seculares sólidamente preparadas y empeñadas totalmente (24).

Esta acción de los seculares cristianos en el mundo debe prestar primordial atención al cambio de estructuras sociales que es preciso realizar con toda urgencia en la Hispanidad. América Latina está pasando por un decisivo momento de transición, que afecta a todos los órdenes de la vida. Sobre todo parece que debe insistirse en la reforma agraria, la industrialización, el saneamiento de la economía (moneda estable, fomento del ahorro, freno a la fuga de capitales mediante la creación de un clima de confianza, invertimiento de capitales extranjeros, liberalización de la economía y el comercio dentro de un cuadro social), la creación de unas nuevas estructuras políticas, de carácter democrático y estable, más adaptadas al siglo XX y a la idiosin-

23) — J. Sabater, *Derechos y deberes de los seculares en la vida social de la Iglesia* (Barcelona, 1954); G. Thils, *Misión del clero y del laicado* (Bilbao, 1956); M. D. Chenu, *Hacia una Teología del trabajo* (Barcelona, 1960); A. Hortelano, "Teología moral y economía": *Studia Moralia* (Roma, 1963), 121-143.

24) — S. Canals, *Los Institutos Seculares* (Madrid, 1962); G. Escudero, *Los Institutos Seculares* (Madrid, 1954).

crasia de los pueblos latinoamericanos (una democracia demasiado "abstracta" parece responder más bien a la concepción cartesiana de la masa y a una práctica concreta de origen anglosajón), la popularización y mejoramiento de la enseñanza en todos sus niveles, comenzando por una campaña masiva de alfabetización y terminando con la reforma del humanismo medio más de acuerdo con las modernas tendencias de carácter psicológico-social, y ciertos cambios estructurales que deben hacerse urgentemente en la Universidad para abrirla a los realmente dotados y ponerla al servicio de los grandes problemas actuales de Hispanoamérica.

Los seculares hispanoamericanos no se contentarán, para hacer esta cristianización de las estructuras temporales, con una posición anti-comunista y anti-castrista, que lleva "a priori" todas las de perder, como toda actitud defensiva. Sería un falso planteamiento del problema de fatales consecuencias en los resultados. No se trata de ponerse en el mismo terreno del enemigo. Ellos tendrían entonces la iniciativa y no sería posible el empleo de nuestras propias armas. Ya ha pasado en parte con ciertos movimientos de tipo social. No se trata de enfrentar un plan de reforma agraria católica a otro plan de reforma agraria comunista, por temor a quedar barridos por ellos, si no lo hacemos. Esto quiere decir que, de no haber venido Castro, el cristianismo en virtud de su propio dinamismo no hubiera sido capaz de recapitular todas las cosas en torno a Cristo y de llevar un mensaje de salvación al mundo de nuestro tiempo. Incluso ciertas Pastorales de los obispos han podido a veces dar esa impresión. Es indiscutible que la presencia del comunismo ha podido contribuir a acelerar el proceso histórico de evolución y transformación de Hispanoamérica, pero para nosotros, católicos, ese proceso debe integrarse en la maravillosa marcha de Cristo Total hacia la Celestial Jerusalén, donde, como dice San Pablo, no habrá injusticia de ninguna clase. El dinamismo cristiano incluye en germen toda una serie de transformaciones revolucionarias que van a hacer posible la consagración para Cristo, por medio de los seculares, de una nueva Hispanidad más justa, más humana y más cristiana. De ahí que los seculares latinoamericanos deban plantear el problema de su acción cristiana en el mundo a partir de los grandes principios originales cristianos, tal como aparecen en la moderna Teología de las Realidades Terrestres y como han sido sintéticamente expuestos por el Concilio Vaticano II, en el famoso esquema 17 que aborda el problema de las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno. Sólo una "consagración del mundo" a partir de Cristo y de una visión cristiana de la historia puede darnos el triunfo en el momento actual, porque solamente en Cristo y en la Iglesia el hombre y el mundo moderno pueden encontrar la solución a sus problemas radicales.

CONCLUSIONES

1ª - Si se quiere que esta Pastoral de Conjunto para Hispanoamérica sea verdaderamente eficaz, se necesita una serie de **estudios sociológico-religiosos** que sirvan de base a una adecuada planeación. Los

trabajos iniciados por la FERES pueden ir creando poco a poco una base de Sociología Religiosa para esta Pastoral de Conjunto (25).

2ª - A nuestro modo de ver se imponen **cuatro organismos articulados entre sí** para esta coordinación pastoral. En primer lugar, una junta de coordinación pastoral de base diocesana. La idea de tener un centro social único para la Curia Episcopal, secretariado de religiosos y sedes de todos los movimientos de apostolado seglar, nos parece excelente para facilitar los contactos y crear un clima de colaboración. La experiencia de Medellín (Colombia), en este sentido, a partir de la misión general de 1962, nos parece convincente. En segundo lugar, hace falta una Conferencia Pastoral Nacional, con participación de los obispos, religiosos y seglares para la planificación apostólica del país. En tercer lugar se impone una Junta de Coordinación Pastoral para todos los países latinoamericanos. El CELAM ha prestado ya en este sentido numerosos servicios. Esta Junta, lo mismo que la nacional y la diocesana, debería integrar no solamente a los obispos latinoamericanos, sino también a los religiosos y seglares. Finalmente, nos parece de extraordinaria importancia la creación de una Junta Coordinadora de carácter mundial, que integraría no sólo a los diversos países de América Latina, sino también a todos aquellos países y organizaciones que de un modo u otro, sea con personal, sea con ayudas económicas, colaboran con la Iglesia en Hispanoamérica. Hasta ahora ha prevalecido quizá una cierta espontaneidad en esta colaboración. Probablemente ha llegado el momento de planificar en gran escala esta colaboración, sin matar, sin embargo, con un exceso de controles y complicaciones burocráticas, la iniciativa personal. La Comisión para la América Latina de Roma, abierta a todos, podría constituir el punto de partida para esta planificación mundial de los problemas pastorales de Hispanoamérica.

3ª - Esta planificación pastoral, tanto diocesana, como nacional, continental y mundial habrá que hacerla a **largo plazo** y teniendo en cuenta el dinamismo demográfico, político, social y religioso de Hispanoamérica. Un fenómeno, por ejemplo, que hay que observar atentamente es el de la explosión demográfica en América Latina, sobre todo en la zona tropical. Hispanoamérica, como se sabe, tiene el índice mayor de aumento demográfico del mundo. Una media de 2,5 por 100, mientras que este índice no pasa de 1,9 por 100 en Asia, 1,8 por 100 en Africa, 1,7 por 100 en América del Norte, 1,6 por 100 en URSS y 0,7 por 100 en Europa. A este ritmo América Latina, que ahora tiene doscientos millones de habitantes, tendrá unos 300 millones en 1980 y alrededor de 600 millones el año 2000 (26). Ya pueden calcularse los pro-

25) — E. Pin, *Elementos para una sociología del catolicismo latinoamericano* (Friburgo en S., 1963).

26) — F. Debuyst, *La población en América Latina* (Bruselas, 1961); *Estudios preliminares de la situación demográfica en América Latina* (Naciones Unidas, 1961).

blemas que esta explosión demográfica va a plantear en todos los campos de la pastoral: cultura religiosa, participación litúrgica, organización parroquial, etc. Si la Iglesia no está preparada para abordar este problema, puede quedar ampliamente desbordada por él cuando sea demasiado tarde (27). Y lo mismo podemos decir de otros fenómenos sociológicos como el éxodo del campo, la urbanización, la industrialización masiva (28).

Hispanoamérica tiene planteados graves problemas, pero es al mismo tiempo la gran esperanza de la Iglesia. Con la ayuda del Espíritu Santo y teniendo en cuenta el dinamismo y la juventud de este fascinante mundo y la colaboración de todos los cristianos de buena voluntad, podemos abrigar la esperanza de hacer algo grande en Hispanoamérica y a través de Hispanoamérica en el mundo (29).

27) — Fr. Houtart, *La Iglesia latinoamericana en la hora del Concilio* (Friburgo en S., 1963).

28) — G. Friedmann, *Problemi dell'America Latina* (Milán, 1960); G. Friedmann, *L'America Latina tra socialismo e capitalismo* (Milán, 1962); B. Corredor y C. Torres, *Transformación en el mundo rural latinoamericano* (Bogotá, 1961); J. Dorselaer y A. Gregory, *La urbanización en América Latina* (Bruselas, 1962); P. M. Hauser, *La urbanización en América Latina* (Unesco, 1961).

29) — P. Cereceda, *Terre d'angoisse et d'espérance, l'Amérique Latine* (París, 1960).